LEOPOLDO ALAS
"CLARÍN"

CUENTOS

SELECCION Y NOTA LIMINAR
JOSE M.ª MARTINEZ CACHERO

PROLOGO
MARIANO BAQUERO GOYANES

VIÑETAS
MARIA CRISTINA ALAS

OVIEDO 1953

PROLOGO

Contra lo que pudiera parecer, en una primera impresión, no resulta fácil escribir sobre los cuentos de "Clarín", a quien ha dedicado ya bastantes páginas a tal género y a tal autor. El número y variedad de las narraciones de Alas, la multiplicidad de enfoques que ofrecen, incluso la dispersión con que me ví obligado a estudiarlas en trabajos anteriores, hacen que, ahora, al pretender resumir mi juicio sobre ellas tenga que luchar con un inicial desaliento. El que provoca lo amplio y lo denso del conjunto. Resumir y sintetizar equivale a falsear y a recortar, cuando tales tareas se ejercen sobre una obra narrativa de la calidad de la lograda por "Clarín".

Aun así, intentaré ofrecer, como prólogo de esta antología, una visión general de los cuentos de Alas, previniendo al lector de lo incompleta que ésta resultará, y remitiéndole siempre a mis anteriores estudios sobre la pro-

ducción narrativa clariniana. Desearía que en esta advertencia no se viese la vanidad del que cree importante su obra crítica para el entendimiento de "Clarín", sino solamente la fórmula cómoda y hasta huidiza del que intenta disculpar deficiencias, apoyándolas en otras, para, de no lograr calidad y eficacia interpretativa, dar fe, por lo menos, del amor puesto en el empeño.

Así quisiera que se interpretara este prólogo. No como estudio de especialista, sino como páginas surgidas del cariño sostenido siempre hacia el que considero el más extraordinario de nuestros narradores asturianos.

Sólo el que entre libros se mueva podrá comprender lo exacto y lo sin énfasis que resulta hablar de amor, de cariño, en casos como éste. De libros afuera, puede parecer vacía retórica, emotividad teatralizada, el hablar de afectos en el mundo de lo que para algunos es letra muerta. Resultaría improcedente, en estas páginas, tratar de convencer a los que tal cosa crean, que en este mundo de las letras, de la crítica —tan mezquino tantas veces, tan lleno de rencores y suspicacias— hay también amor, profundos afectos, de esos que nacen entre hombres que no se han conocido, que no se conocerán jamás.

Habría que citar, a este respecto, al propio "Clarín", que tantas veces habló de las que él consideraba paternidades espirituales, de cómo hombres de otros países y aun de otras épocas pasan a incorporarse, con su verso o su prosa, con sus sentimientos o ideas, a nuestro patrimonio espiritual, se hacen vida, sangre y pensamiento propios.

Y habría casi que compadecer a los críticos y lectores que siempre juzgan los libros desde fuera, sin vivirlos, sin sentir esa cálida fluencia, ese vínculo que unimisma al lector cordial con la obra y con su autor.

No importa que el apasionamiento puede enturbiar la visión crítica. Siempre valdrá más hablar como "Clarín" pudo hacerlo de Mi Goethe, *por ejemplo, que sentirse insolidario, alejado heladamente de todo lo que se lee.*

Y ésta no es una defensa de la crítica subjetiva, montada sobre el solo apasionamiento y con absoluto desdén por todo bagaje estético, científico o historicista. Es sólo aviso contra los excesos científico-eruditos, contra las posibles amenazas de acabar con lo que de cordial, de legitimamente impetuoso debe haber en todo estudio de crítica literaria. Incluso me atrevo a creer que de ser posible una Ciencia o Teoría de la Literatura, un nuevo método crítico que pueda reemplazar al rigidamente historicista o al sospechoso esteticismo que se nutre de conceptos vagos e inconcretos, ese método tendrá que apoyarse no sólo en el sereno examen científico, sino también en la cordial comprensión de la obra, en lo que yo llamaría el esfuerzo por vivirla desde dentro. *No digo que éste sea el único camino posible para el logro de tal Ciencia de la Literatura, pero sí uno de los que me parecen más certeros.*

Pero ésta es ya una digresión excesivamente larga y hasta desproporcionada, en relación con el propósito que la ha provocado.

Aquellos a quienes va dirigida esta obra, los que deseaban una nueva edición de los cuentos de Alas, no necesitan que me extienda en consideraciones capaces de justificar mi afecto por el mundo literario que hoy reúne este libro. Hecho con enorme cariño, imponía a quien lo hubiera de prologar, un comentario en el que toda posible vena de cordialidad no sólo no debía ser escondida o disfrazada de erudición, sino que había de fluir, desde el primer momento, sin empañaduras, con plenitud, a tono con la in-

tención de quienes han puesto su mejor afán en editar estas páginas.

En las mías que siguen no debe, pues, buscarse el inexistente atuendo erudito o la nueva y lúcida interpretación crítica, sino tan sólo el más sencillamente cordial de los gestos.

Para una exacta comprensión y valoración de los cuentos de Leopoldo Alas, tal vez resultaría conveniente situarlos a la luz de la obra narrativa total del autor. Y no es que quepa considerar que el cuento es una subespecie de la novela, una reducción de ésta, en la que valdrían la misma técnica, los mismos procedimientos narrativos. No; el cuento es cosa distinta, y su parentesco con la novela no significa su negación como género literario independiente, con personalidad propia.

Sin embargo, en virtud de ese parentesco con la novela —dado por la evolución histórica y por el idéntico instrumento de expresión: el lenguaje narrativo—, es lícito ahora alinear los cuentos de Alas junto a su obra narrativa mayor, para percibir así un rasgo que, desde un principio, me interesa destacar.

Y ese rasgo es la ternura, ingrediente esencial de los mejores cuentos clarinianos. Creo que en ningún otro aspecto de la obra de este autor cabrían pulsarlo de modo tan patente como en la producción narrativa breve: novelas cortas y cuentos.

El "Clarín" más acre, más cáustico es, naturalmente, el crítico. Algún destello de compasión, casi de remordimiento por la dura tarea crítica —recuérdese su artículo NO ENGENDRES EL DOLOR*— no es suficiente sin embargo para buscar en tal sector de su obra un fondo de auténti-*

ca ternura, existente ya, aunque en menores proporciones que en los cuentos, en las dos novelas extensas que llegó a publicar completas: LA REGENTA *y* SU UNICO HIJO.

Todo lector de "Clarín" habrá podido comprobar el contraste que ambas novelas ofrecen, enfrentadas con ciertos cuentos, respecto a lo que pudiéramos llamar simpatía del autor hacia los personajes. No supone nada nuevo señalar la ausencia o escasísimo número de seres humanos vistos y presentados con amor en la más grande de las creaciones narrativas de Alas. Prescindiendo de la compasión que, a ratos, pueden suscitar Ana Ozores —personaje que, por lo mucho que del propio autor y de sus crisis espirituales llevaba dentro, había de merecer alguna simpatía a "Clarín"—, su marido y el propio don Fermín de Pas, ninguno de éstos es un personaje grato, capaz de movilizar plenamente la simpatía del lector, siéndolo aún menos otros como Alvaro Mesía, Obdulia Fandiño, Glocester, etc. En mi opinión, las únicas figuras novelescas creadas con auténtica simpatía por el autor son las de "Frigilis" y el obispo Camoirán, es decir, aquellas que con su primitivismo selvático por un lado, su religiosidad cordial, casi infantil, por otro, y con su limpia vitalidad como signo común, aparecen contrapuestas por "Clarín" a la hipocresía, a la falsa concepción de la vida, dominante en Vetusta.

En SU UNICO HIJO, *como en otra parte he tenido ocasión de señalar, aún resultaría más difícil encontrar un personaje verdaderamente amable, que merezca la total ternura y compasión del autor. Sólo Bonis, el protagonista, ridículo, miserable y grotesco tantas veces, sabe ennoblecerse al final ante el milagro de una nueva vida, del que él cree hijo suyo. Su actitud, dolorosamente heroica, contras-*

ta vivamente con el turbio mundo de pasiones y miserias fisiológicas que a su alrededor se mueve.

En La Regenta, *pese a todo el exterior aparato de objetividad naturalista, pese a la pretendida impasibilidad del autor frente a sus criaturas novelescas, antipáticas casi todas ellas, se percibe, de todas formas, el aliento cordial del autor, interesado —como por cosa propia— por el mundo que ha creado y por los seres y los problemas en él inmersos.*

En Su unico hijo *ha desaparecido casi por completo ese cordial aliento, perceptible sólo a trechos, en las más encendidas páginas de la novela, según el final va acercándose y creciendo con su proximidad la exaltación paternal del protagonista.*

De ahí que Su unico hijo *resulte, quizás la novela más fríamente narrada de todo nuestro siglo XIX, con una frialdad que en ocasiones parece llegar al cinismo.*

En compensación del calor afectivo que Alas apenas puso en esta obra, se advierte en ella un enorme predominio de la inteligencia. En cierto modo —como ha visto bien "Azorín"—, Su unico hijo *es una de las más inteligentes novelas del siglo XIX español, y el mismo despego del autor por su obra, su tono burlón, la imperturbabilidad con que describe un mundo repugnante, pero de gran riqueza psicológica; todo eso, da a la obra un extraño aire de actualidad.*

Si de las novelas saltamos a los cuentos, el contraste es rotundo. Donde hay en La Regenta *aguda diatriba de un decadente mundo burgués y de una hipócrita concepción de la vida —salvando solamente la ternura y la sinceridad encarnadas en Camoirán y* Frigilis*—; y donde en* Su unico hijo *hay una inteligentísima técnica presen-*

tativa que excluye la presencia del narrador y deja en la más cruda intemperie a las miserables criaturas novelescas; hay en los mejores cuentos de "Clarín" una tan cálida nota afectiva que, en nuestros días, Vicente Aleixandre, refiriéndose a uno de ellos, ¡ADIOS CORDERA!, *ha podido decir que le parece obra maestra en la literatura de ficción del que él considera "insólito sentimiento en nuestras letras: la ternura".*

Cuentos sentimentales no faltan en nuestro siglo XIX y, ni incluso, antes y después. Lo importante, lo difícil es lograr una trama escueta, apoyada sobriamente en la sensibilidad y en la inteligencia; una ternura exenta de fáciles delicuescencias expresivas, de tópicos emotivos, aunque el cuentista pueda servirse de temas-tópicos.

Ese es el gran mérito de "Clarín" en sus cuentos. El saber extraer creaciones de alto valor artístico y humano, de una materia, de una temática que, de otra manera tratada, fraguaría en sensibleros relatos. De un tema que podría haberse convertido en demagógico panfleto —condena de un servicio militar clasista—, "Clarín" se queda con los elementos más tiernos y más puros, los menos cargados de rencor en la expresión, pero, a la vez, los más intensamente emocionales. Alas sabe superponer, artísticamente, a lo que pudo haber sido simple motivo de circunstancias, un contenido y un significado más profundos y más universales. Sobre el tema horaciano de contraposición campo-ciudad, cargado en el XIX de preocupaciones sociales, "Clarín" plantea el problema, obsesivo para él, del enfrentamiento de vida auténtica y vida falseada.

La vaca "Cordera, el *"prao" Somonte, Pinín y Rosa significan la vida desnuda, sentida casi biológicamente. El tren, el telégrafo, el matadero, el servicio militar, todo*

lo que acaba con la felicidad de esos idílicos seres, representa la vida deshumanizada, sometida a número y a esquema, tecnificada. No se trata, sin embargo, de un ingenuo antiprogresismo, a lo "Fernán Caballero"; Alas vive el problema más hondamente y lo expresa - a la vez - con menos énfasis. Pinín y Rosa, como DOÑA BERTA, *como "Frigilis" y Camoirán, como Manín de Pepa-José,* PIPA *y tantos otros seres clarinianos representan —en su desamparo, en su fragilidad, incluso en sus miserias y ridiculeces - el lado que Alas considera más auténtico de la vida, el que él contrapone a la intelectualización teatral y topiquizadora de esa misma vida.* DON URBANO, DON ERMEGUNCIO, DOCTOR PERTINAX, DOCTOR SUTILIS *son, desde este punto de vista, antagonistas de los otros personajes clarinianos. El vivir de estos sabios o seudo-sabios es realmente un no vivir, un grotesco simulacro de la existencia. "El que demuestra la vida —dice* EL GALLO DE SOCRATES*— la deja hueca".*

De lo dicho se desprende que Alas cultivó —en líneas generales— dos tipos de cuentos: aquellos en que predomina la ternura, cuentos cordiales como LA TRAMPA, EL DUO DE LA TOS, MANIN DE PEPA-JOSE, BOROÑA, EL QUIN, EL TORSO, EL RANA, PIPA, LA CONVERSION DE CHIRIPA, CAMBIO DE LUZ, UN GRABADO, UN VIEJO VERDE, ETC.; *y aquellos otros tan próximos al quehacer crítico y satírico que muchas veces —en las ediciones - se confunden con él, alternan con los* SOLOS *y* PALIQUES: DOCTOR PERTINAX, DOCTOR SUTILIS, DON ERMEGUNCIO *o* LA VOCACION, EL SEÑOR ISLA, CUERVO, LOS SEÑORES DE CASABIERTA, EL POETA-BUHO, BUSTAMANTE, ZURITA, UN CANDIDATO, *etc. Cuentos caricaturescos, construídos no tanto sobre una base argumental, como sobre las*

peculiaridades grotescas de un tipo humano que suele ser, las más veces, un sabio grotesto y desvitalizado, como los doctores de los cuentos citados o el Eufrasio Macrocéfalo del espléndido relato, LA MOSCA SABIA, *tal vez la más lograda protesta clariniana —en forma de cuento— contra el cientifismo aséptico y en defensa de lo primariamente vital.*

Así considerados, los cuentos de Alas reflejan, como el resto de su producción, el que cabría llamar dualismo del autor. Un dualismo de signo en cierto modo pre-unamuniano, provocado por la constante oscilación del escritor entre fe y duda, entre ternura y espíritu burlonamente crítico, entre vida sentida pánicamente y racionalización de la misma, entre sensibilidad e intelectualismo, entre africanización y europeización. (El cuento de Alas, UN REPATRIADO, *es bien significativo respecto a esta última apuntada polaridad, tan noventaiochista: el refinado intelectual presentado en este relato, hastiado de la incultura, del triste ambiente español se destierra voluntariamente, para al fin regresar a España, sin poder resistir la civilización extranjera, y lanzarse al hervor pasional de una corrida de toros).*

La producción crítica de Alas se inclina, claro es, al polo intelectual, ácido, satírico. La novelesca oscila entre ambos extremos, acercándose decididamente a lo crítico e intelectualizado, con preferencia a lo tierno, en el caso de SU UNICO HIJO, *y debatiéndose angustiosamente —de ahí su dramatismo— entre ambos polos, en el caso de la* REGENTA, *la obra más personal de "Clarín", aquella en que el conflicto es vivido más intensamente y más artísticamente. Pues el pleito campo-ciudad, vida-inteligencia, que tan nitidamente se percibe en* ¡ADIOS, CORDERA!, BOROÑA, DOÑA BERTA, *está más escondido en* LA REGENTA, *y sólo es per-*

ceptible en ciertos momentos — momentos decisivos en el ritmo e intención de la novela — y a cargo de determinados personajes, en especial "Frígilis". Este que parece ser secundario, es nada menos que el instrumento encargado, en esa sinfonía novelesca, de modular sin énfasis y con limpia sencillez, el importante tema de lo sinceramente vital.

En lo que a los cuentos se refiere, ya acabo de insinuar que reflejan también, y en la forma más clara y rotunda, la presencia de ese dualismo clariniano. Mientras unos se acercan inequívocamente a la sátira y a la crítica, otros atienden sólo al sentimiento, transparentan personales vivencias del narrador —CAMBIO DE LUZ—, *y se dirigen siempre al corazón. Compárese el distinto enfoque, la muy diversa actitud espiritual que el lector ha de adoptar frente a relatos clarinianos como* CUERVO y EL DUO DE LA TOS.

CUERVO con EL NUMERO UNO, LA IMPERFECTA CASADA, GONZALEZ BRIBON, DON URBANO *y tantos otros citados ya, son cuentos próximos —en técnica e intención— al artículo de costumbres.*

Tipos grotescos no faltan en las novelas extensas de Alas, pero están menos desrealizados, menos caricaturizados, más próximos al normal ademán humano que a la pirueta de guiñol. Recuérdense, por ejemplo, al poeta Trifón, Cármenes y al erudito Saturnino Bermúdez, en LA REGENTA, *compuestos y presentados con una técnica próxima a la empleada en los cuentos satíricos.* SU UNICO HIJO *se acerca aún más a la manera narrativa de* CUERVO *o de* ZURITA, *por predominar en tal novela lo sarcástico sobre lo cordial. Marta Koerner, don Nepomuceno, Emma Valcárcel, el mismo Bonifacio Reyes acusan ciertos rasgos que —aun con un fondo de densa humanidad— los acercan a los tipos caricaturescos de las citadas narraciones.*

En contraste con CUERVO *y los relatos agrupables en la misma línea técnica e intencional,* EL DÚO DE LA TOS, LAS DOS CAJAS, LA REINA MARGARITA, LA TRAMPA, EL REY BALTASAR, CAMBIO DE LUZ, UN VIEJO VERDE, PIPÁ, EL QUIN, *etc., presentan un claro predominio de la ternura.*

En algún caso — AVECILLA, *el más claro junto con* "FLIRTATION" LEGÍTIMA, *entre otros— los cuentos de "Clarín" ofrecen una fusión o mezcla de las dos tendencias, de los dos tipos a que me he referido. Hay como una aleación de ternura y humor, de compasión y de caricatura.* AVECILLA, *el pobre empleado, tan ridículo en su miseria, su vocabulario y su grotescamente fugaz concupiscencia, suscita sin embargo en el lector —desde una perspectiva humorística— profunda piedad. Es, transportado a la novela extensa, un caso semejante al de Bonifacio Reyes en* SU ÚNICO HIJO, *personaje visto casi siempre desde la inteligente burla y la condena crítica, pero capaz también de despertar cierta compasión, cierta simpatía en el lector.*

Por otra parte, es preciso tener en cuenta que tanto los relatos satíricos como los caracterizados por la nota cordial, tienen un denominador común, no sólo expresivo, estilístico, sino intencional, sobre todo. Para mí, ese denominador no es otro que el problema, tan intensamente vivido por "Clarín", de la pugna ideológico-vital ya expuesta.

En los cuentos del tipo de DOCTOR SUTILIS, LA MOSCA SABIA, EL GALLO DE SÓCRATES, *etc., "Clarín" combate incisiva y satíricamente el cerebralismo que aniquila lo más sencillo y vital. Todos esos cuentos tienen por protagonistas a sabios antivitales, a hombres profesionalizados rígidamente —*CUERVO, EL HOMBRE DE LOS ESTRENOS*—, a tartufos de la moral o de la caridad —*EL NUMERO UNO, PARA VICIOS*—a, en resúmen, seres hipócritas siempre, tan carentes*

de corazón y de ternura que a su alrededor se produce la estupidez, la desdicha, el congelamiento vital. Y Alas desea una vida sencilla, auténtica; la desea dolorosamente desde su angustia y su escisión de intelectual.

Su preferencia por lo sencillo es la que, si por un lado le lleva a combatir con los cuentos satíricos el cientifismo antivital y el seudo-intelectualismo, por otro le hace escribir cuentos cuyos protagonistas suelen ser humildes criaturas, merecedoras del afecto clariniano: míseros oficinistas como EL REY BALTASAR *y* AVECILLA, *siempre con la amenaza de la cesantía, malviviendo y tratando de sostener prestigio y honestidad; vagabundos y hampones como* CHIRIPA, EL RANA *o* PIPÁ; *solteronas que acarician durante toda su vida un recuerdo* —DOÑA BERTA, EL ENTIERRO DE LA SARDINA—; *pobres mozos a los que corresponde ser soldados* —¡ADIÓS, CORDERA!, EL SUSTITUTO—; *actrices que desempeñan papeles modestos* —LA RONCA, LA REINA MARGARITA—; *viejos criados como* EL TORSO, *campesinos sentimentales y soñadores como* MANÍN DE PEPA-JOSÉ, *etc.*

Posiblemente esta preferencia de Alas por lo sencillo, por lo humanamente débil, le hace tratar con enorme cariño las figuras infantiles que en sus relatos aparecen: PIPÁ, *el Tomasuccio de* SUPERCHERIA, *Pinín y Rosa en* ¡ADIÓS, CORDERA!, *etc.*

Y en la misma línea intencional cabría citar la afición clariniana al tema de los pobres animales. Aparte de la vaca CORDERA, *podríamos recordar el perro de* EL QUIN, *la jaca vieja y enferma que crea una atmósfera de cordialidad en un ambiente campesino en* LA TRAMPA, *el gato de* DOÑA BERTA, *etc.*

Para cerrar ya este prólogo quisiera aludir a la seme-

janza que el caso de "Clarín" ofrece —tal como yo creo verlo y como he intentado presentarlo en estas páginas— con los de otros escritores que han cultivado también la novela y el cuento.

Me apresuraré a advertir que la consecuencia que ahora trataré de extraer de tales casos es muy provisional y muy relativa, aplicable tal vez a un escaso número de escritores.

Pienso, sobre todo, en aquellos que por ser puros intelectuales, por pecar incluso de cerebralismo en sus creaciones, hallan en el cuento, mejor que en la novela, un cauce adecuado para dar expresión, en indetenible escapada, a una ternura que, por poseerla y por no encontrar albergue suficientemente adecuado en la novela, encarne mejor en ese otro género narrativo breve, próximo en su concepción a la de la poesía.

Obsérvense, por ejemplo, casos como el de Ramón Pérez de Ayala y el de Aldous Huxley. El primero, encuadrable en una tendencia narrativa de nítida oriundez clariniana, es autor de una serie de espléndidas novelas, que, de pecar de algo, pecan de excesivamente inteligentes y elaboradas. Piénsese, en cambio, en la ternura —contenida, pero indisfrazable— de EL PROFESOR AUXILIAR, *un cuento que enlaza inequívocamente con los mejores y más hondos de "Clarín".*

El Aldous Huxley, tan frío, tan cerebral, tan poderosamente crítico, de esas magistrales concepciones novelísticas que son CONTRAPUNTO, CIEGO EN GAZA, LOS ESCÁNDALOS DE CROME, *etc., —en donde si no falta ternura, al igual que en las novelas extensas de Alas, predomina el ácido humorismo, la agudísima visión de una sociedad tan intelectualizada que corre el peligro de deshumanizarse—;*

ese mismo Huxley es también el autor de cuentos de tan sobria ternura —sobria por subyacente tras cierta opacidad emocional en la expresión— como EL JOVEN ARQUÍMEDES *o* MEDIA FIESTA. *Este último es un relato breve tan conmovedor como puedan serlo los mejores de Katherine Mansfield.*

Los ejemplos de estos dos escritores, emparejados junto al de "Clarín", facilitan el atrevimiento de mi conclusión, tan frágil a pesar de todo. Y ésta es que el cuento resulta el instrumento adecuado, el género literario idóneo para ciertos temperamentos poseedores de una ternura que les avergüenza exhibir, transparentar excesivamente. La novela suele convertirse siempre, en manos de esta clase de escritores, en un género demasiado intelectual, muy apto para la sátira, para la presentación irónica del mundo, de la sociedad, de los problemas de su tiempo.

En consecuencia, no es por ahí por donde mejor puede respirar su ternura, esa tan escondida y fragmentada ternura que se resuelve y condensa en narraciones breves, bruscos aletazos líricos, sustituidores de una poesía que se aferra a la prosa —prosa en expresión y en temas— para extraer precisamente de ella todo el lirismo, toda la emoción posibles.

Yo veo así el caso de "Clarín" —el "Clarín", recuérdese siempre, autor de ese prodigio de poesía que es DOÑA BERTA*—, emparentable con el de Pérez de Ayala y el de Aldous Huxley. (Sobra decir que la semejanza es de intención, más que de resultados. A nadie se le ocultan las marcadas diferencias de todo tipo —entre ellas la simplemente generacional con las implicaciones consiguientes— perceptibles entre esos tres escritores).*

La novela es, para ellos, el género literario en el que arraigan sus preocupaciones sociales, religiosas, estéti-

cas, etc. El cuento es siempre la huída a un mundo quizá tan complejo en su síntesis como el analítico de la novela pueda serlo, pero mucho más próximo que ésta al corazón de los autores. La carencia de digresiones, personajes secundarios, descripciones supérfluas, etc., —carencia provocada por la índole misma del género—, hace que en el cuento quede sólo el cordial latido del autor. Así creo que han de interpretarse EL DUO DE LA TOS, LUZ DE DOMINGO *o* MEDIA FIESTA. *La ternura que en la novela puede existir —pues no falta ternura en* LA REGENTA, *en* TIGRE JUAN *o* EN ESAS HOJAS PERDIDAS— *corre el peligro, en virtud de la extensión, la estructura y las interferencias, de diluírse, de esconderse a la vista del lector; en tanto que las reducidas dimensiones del cuento la hacen apretarse en dramática concentración argumental, ganando en perceptibilidad y en eficacia. (El impacto emocional súbito del cuento —como el del poema— contrasta vivamente con el lento movimiento emotivo que la novela produce, de una manera casi sinfónica. Donde en un género hay emoción única, de una vez conseguida y emitida, hay en el otro sucesión, alternancia y deliberada ruptura de tensiones emocionales).*

Del acierto de "Clarín" en ese camino cordial del cuento han de juzgar las actuales generaciones. Para ellas, esencialmente, se ha editado este libro, actualizador de una delicada —y muy asturiana— sensibilidad literaria.

Y ésta no necesita ya de más llamadas de atención, de más páginas introductivas. En las que siguen la tenéis, tan viva como cuando los cuentos, en que encarnó, salieron de las manos de Leopoldo Alas.

MARIANO BAQUERO GOYANES